

EL PACIFICO O COSAS QUE LOS DEL PUEBLO DESCUBREN

POR GERMAN ARCINIEGAS

ESPECIAL PARA "UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA"

"Saludó al Mar Austral y dio infinitas gracias a Dios y a todos los santos del cielo, que le habían guardado la gracia de una palma tan grande a él, que no era hombre de gran ingenio, ni de letras, ni de la nobleza".

Pietro Martire d'Anghiera

Aquí están las islas. Al frente, la Tierra Firme, que no es sino el trazo de una costa. El continente no existe: es un presentimiento. México y el Perú —con ciudades de piedra y reyes vestidos de oro—, y la cordillera verde de los Andes con sus coronas de nieve, y el Orinoco, el Amazonas, el Paraná, y el Potosí de entrañas de plata, y Muzo de venas de esmeralda, son ríos, montañas, ciudades, minas, reyes que no se saben, pero se imaginan. Castillos al aire, que se alzan en Santo Domingo desde las hamacas, a la hora de la siesta y bajo el aire cálido del trópico.

El perfil del Nuevo Mundo lo van trazando, a golpes de audacia, quienes menos saben de geografía. La costa de las perlas la han explorado Alonso Niño y Cristóbal Guerra en una sola nave: con cuatro, descubre el Amazonas Vicente Yáñez: con dos, Diego de Lepe va hacia el sur más lejos que ninguno. Estos empresarios son tipos que salen del montón de los marineros, cuando no hijos de campesinos que no conocieron antes la estampa de un barco. No les han ayudado las letras, ni el favor de los reyes, ni el dinero: los padres de nuestra América son los hijos-de-nadie. Y, sin embargo, América es hija de unos hombrabrazos como suelen verse muy pocos en los anales del mundo.

En uno de sus viajes, Colón había explorado las costas de las Guayanas y Venezuela: hasta donde dejó la marca de las per-

las. En otro, vio la América Central hasta Veraguas, donde encontró el primer oro de Tierra Firme. Ahora es preciso unir estos dos puntos del mapa, explorar un pedazo de tierra que la imaginación de los castellanos ve suspendido de un broche de perlas y unos collares de oro. Los árabes, en mil y una noches, no soñaron cuentos mejores.

Vive en los suburbios de Sevilla un escribano que, cuando oye hablar de estas cosas, no puede escribir más: no le obedece la pluma. El ha de ir a conquista esa costa. Su nombre es Rodrigo de Bastidas. Cuelga al cinto, con la espada, el cuerno de la tinta, y convida a descubrir. Con esa disposición natural que tienen los españoles para hacer cosas desproporcionadas, no le faltan seguidores, y las dos naves del escribano se llenan de gente. Esta vez, el caballero de la tinta no va a escribir: va a hacer historia. Y la hace. Explora todo el fragmento de la costa que le ha faltado a Colón. Ese fragmento —así es todo en esta vida— viene a ser el único que América consagre a la memoria del almirante: se llamará Colombia.

Como es de uso corriente, los barcos del escribano se hacen pedazos y a Santo Domingo llegan, por milagro, los náufragos. Pero Bastidas ha visto el oro. Es misterio y proeza que todos saben y de que se habla en voz baja en los corrillos: a pesar del naufragio, Bastidas ha llegado con dos arcones repletos de oro. Fulano de las naves lo dice, Zutano lo vio, Mengano lo tocó con sus manos. Suerte grande es que el hombre, envuelto en esta leyenda, logre salir de la cárcel en que, como es de rigor, el gobernador le remacha unas cadenas. Pero, en tanto, el pueblo se entrega a proyectar y aun a hacer expediciones. Darién, la tierra de Bastidas, es ahora palabra que tienta el ánimo. Son cuatro, cinco años de búsquedas y sondeos, que llevan a la convicción de todos que quien se haga a la gobernación de esa región tendrá entre sus manos la clave de los descubrimientos. Porque el Darién no es el oro de los cofres de Bastidas: es el camino para las grandes conquistas de América.

Queda el Darién en el vértice donde la América Central y la del Sur se unen. Desde el primer día, estas pobres gentes ven ahí el punto crucial del mundo que nace. Lo mismo ahora que cuatro siglos más tarde, quien apriete en el puño ese nudito de tierra, tendrá señorío en el mundo. Por el momento, no es sino albergue de tigres, mosquitos, indios flecheros. El golfo de Ura-

bá servirá de abrigo a las naves, pero sus costas —selvas y pantanos— son tan precario refugio para el hombre, que los indios hacen sus habitaciones en barbacoas aéreas: apoyadas en las copas de los árboles, se ven como nidos enormes. Abajo, quedan las ciénagas hirvientes de culebras. Mujeres, niños, viejos, trepan como micos por largas escaleras de bejucos. Aunque no lo parezca, esa es la Tierra Firme, y allí han de fundar los españoles las primeras ciudades. Humanamente es una estupidez. Geográficamente, un acierto redondo.

* * *

Pero, ¿quiénes están creyendo que van a ser los gobernadores? En las noches claras de Santo Domingo platican sobre estas cosas tipos muy diversos: ahí está Juan de la Costa, cosmógrafo, que anduvo con Colón y Bastidas, y luégo se ha hecho a la mar por cuenta propia: es de los pocos que sabe de velas. Su nombre lo recordarán los siglos porque ha hecho el primer mapa del Nuevo Mundo. Con él alterna el bárbaro de Francisco Pizarro, que no habiendo, en su infancia, hecho cosa distinta de cuidar puercos, entre los cuales había nacido, se vino a América fugado, porque una vez que se le fueron de entre las manos los sucios animalejos y creyó que era más fácil cruzar el mar que haberse las con el dueño del ható. Otro es Hernán Cortés, que en España ha hecho el don Juan, dejando una estela de dramáticos romances: por esta razón se le ha conocido allá como el auténtico conquistador, aunque no lo haya sido de tierras. También está un bachiller Enciso, tinterillo, que enriquece en la isla con su profesión: Aquí todo el mundo juega, blasfema, se endeuda y arma pleitos, y no hay en España patio para un leguleyo que pueda compararse al de Santo Domingo. Enciso, además, presume de escritor: dejará libro.

Pero quizás de todos estos notables caballeros, de tan limpios antecedentes, no hay quienes puedan igualarse a Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa. Ojeda es muy conocido en la isla desde los días de Colón, porque fue quien introdujo la excelente costumbre de cortar a los indios orejas o narices, para enseñarles cuán feo es tomar lo ajeno sin la voluntad del nuevo amo. La reina Isabel le quiso mucho, primero porque le encontró gran maromero, y luégo hombre de raro ingenio. Pequeño de cuerpo, hermosa la cara, grandes los ojos, es una de esas flores del pueblo español que alegran un arrabal y cautivan una corte.

Cuando la reina subió a la torre de la iglesia mayor de Sevilla —cuenta Las Casas—, de donde mirando los hombres que están abajo parecen enanos, Ojeda fue al madero que sale veinte pies fuera de la torre, lo midió con sus pasos aprisa como si corriera por un enladrillado, al cabo del madero sacó un pie en vano, dio la vuelta, y con la misma prisa se tornó a la torre. La reina quedó encantada. Pero lo mejor de Ojeda, y lo que le hizo ganarse más su cariño, fue cierta hazaña de acrobacia combinada con ingenio, que hizo en Santo Domingo. Un día fue a visitar al cacique con la intención secreta de prenderlo: con palabras muy dulces le invitó a que se bañasen en el río, donde habría de mostrarle las joyas que en Europa llevan los reyes por pulseras: eran unas esposas que puso al cándido cacique, y cuando con ellas le tuvo asegurado, en ancas de su caballo le llevó a la cárcel. Fue una de las hazañas que más gustaron e hicieron reír en la corte. Al cacique, le ahorcaron.

Diego de Nicuesa hace muy buen par con Ojeda. Es, como él, regular de estatura, y tan ágil y esforzado que cuando juega a las cañas, muele huesos de los cañazos que da contra las adargas. En la isla es la admiración de los indios, y aun de los españoles, por las maravillas de circo que hace en su yégua de Andalucía. Ha sido cortesano, y lo que de él celebró más la corte fueron las serenatas: por siglos se le recordará como al “gran tañedor de vihuela”.

* * *

Como se ve, el asunto de terminar el descubrimiento y conquista del nuevo mundo está en manos de esta minúscula asamblea, integrada por un músico, un maromero, un cosmógrafo, un tinterillo, un porquero, un don Juan y otras gentes de la laya, que se alimentan de pan casabi y esperanzas. En España se ventilan otras cuestiones: los rábanos que en una cena consumen la reina Germana y sus alegres amigas cuestan tantos maravedís, que escandalizan a las comadres; la muerte —nunca bien alabada— del joven Felipe el Hermoso, dicen unos que provino de haber tomado un vaso de agua, estando acalorado, y otros, que de una indigestión; la vuelta a la regencia de Castilla de don Fernando, para gobernar a nombre de su hija, Juana la Loca, que mantiene suspensos a los oportunistas de palacio. Etcétera. Como es notorio, el verdadero consejo de Indias es el de estos refugiados de Santo Domingo, y la conquista, más que España, la hace Amé-

rica; más que el rey, el pueblo. Es la América del pueblo que empieza a surgir en el Mar Caribe. El rey se limita a dar la aprobación final. Ahora, cuando el rey tiene que escoger para gobernador de la provincia del Darién, que descubrió el escribano de Sevilla, la reparte entre el maromero y el músico: entre Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa. Y así, para un pequeño infierno verde, el rey de España instituye dos gobernaciones. Las que le imponen los aventureros.

* * *

Ojeda sale, con sus naves, el primero. Parten con él el cosmógrafo y el porquero; luégo, el tinterillo, y no se sabe cuántos más, ni cuáles más desconocidos y oscuros. Luégo, con el resto, se va Nicuesa. La primera ciudad que se funda, es simbólica: se llama San Sebastián. Al fundarla, Ojeda piensa en la imagen del santo que sufrió suplicio de ser traspasado a flechazos. Al primer encuentro de Ojeda con los indios, le mataron por ese mismo procedimiento a unos cuantos españoles, entre otros al cosmógrafo Juan de la Cosa, que quedó con más puntas que un puerco espín.

El bravo de Ojeda ve que el hambre, la fiebre, los indios, devoran su colonia. Dicen que cuando se vio con Nicuesa, se echó a llorar. Otro día le atravesaron una pierna de un flechazo. Llama al cirujano y le ordena pasarle un fierro al rojo blanco por la herida. Vacila el cirujano. Ojeda grita: —O me obedecéis en el acto, o que os preparen la horca. Un olorcillo de carne asada, y queda rencoso, pero vivo, el gobernador. Pero ya el hambre no se resiste. De Santo Domingo demora en llegar con auxilios Enciso, el tinterillo. Ojeda resuelve poner la colonia en manos de Francisco Pizarro, el porquero, e irse él mismo a buscar apoyo en Santo Domingo. Es la última vez que le veremos. Tan maltrecho llega a la ciudad, que toma hábito de franciscano y muere sin cobre en la bolsa. Cuando dobla la cabeza demacrada, parece un hombre bueno. Con su pierna coja y la cara de color de cera, está lejos de parecerse al alegre maromero de Sevilla, que volteaba la pierna al aire desde lo alto de la Giralda.

Mientras Ojeda se prepara en Santo Domingo para su viaje al otro mundo, la gente que dejó en San Sebastián resuelve abandonar esta fundación, e irse a levantar ciudad en otra parte. Lleva por caudillo nominal a Enciso, que al fin trajo los auxilios. Se escoge el otro lado del golfo, y a la nueva ciudad se la llama

Santa María la Antigua del Darién, porque Enciso, que estuvo a punto de naufragar, hizo este voto a Santa María la Antigua de Sevilla: Si nos salváis, Virgen Santa, os consagraré lo primero que funde. Y no la dejó esperando. Mientras los blancos y los indios van parando casas en la Antigua, en San Sebastián crecen —en las calles, en la plaza— las yerbas, y retoñan los árboles.

Los soldados hacen su balance. Sacan en claro que aquí no manda nadie, si no son ellos mismos: el pueblo, el común. Ojeada está difunto. A nadie, el rey, ha dado título ninguno. A Enciso, por tinterillo, nadie lo pasa. Pizarro todavía parece ser el porquero de Extremadura. Hay que nombrar a un capitán del común. ¿Quién puede ser? La respuesta es unánime: Que sea Vasco Núñez de Balboa!

* * *

¿De dónde ha salido este Balboa? Balboa es el perfecto don Nadie. No es ni siquiera músico ni maromero. Mucho menos cosmógrafo, ni tinterillo. Sobre su aparición en la historia de América se formarán dos grandes escuelas de académicos, que disputarán con loable ardentía: dirán los unos que apareció saliendo de un barril: los otros, que de los pliegues de una vela. Esto ya no es maroma: es prestidigitación. Las cosas ocurrieron de esta manera:

Entre la gente que en Santo Domingo perdió hasta la camisa —jugándola—, estaba Balboa. Había venido hacía unos diez años a América, después de haber sido en España criado del sordo Portocarrero. Y era en Santo Domingo, como lo fue en su tierra, un deudor rodeado de acreedores por todas partes: pensar en enrolarse en las expediciones era inútil, pues tenía a la isla por cárcel. Pero él sabía de la Tierra Firme y sus riquezas, porque las vio cuando se vino de España con Bastidas, y con esta tierra firme por esperanza, resolvió dar el salto más audaz: fugarse escondido en la nave que ofrecía el mayor peligro: en la nave del abogado, de Enciso el tinterillo, que desplegabá sus velas para el Darién. Y es ahí cuando los historiadores empiezan su hermosa lucha, forcejeando los unos por sacarlo de un barril, y los otros del pliegue de la vela. Las dos operaciones son complicadas porque, además, Balboa no venía solo: traía su perro. Jamás en las academias se verá comedia más apasionante. El hecho es que cuando, ya en alta mar, Balboa aparece en la cubierta

de la nave, la ira del abogado no tiene límites. Piensa en arrimar a cualquier isla y dejarlo: que se lo tragen los caribes. Con los pleitos —amigo Balboa— no se juega! Los tripulantes, sin embargo, que son de la misma ralea del aparecido, aplacan al abogado, y cuando la nave llega a la costa, cualquiera puede observar que ya quien manda no es Enciso: es Balboa. Balboa es quien sugiere ir a fundar la Antigua donde Enciso la funda. El es quien dialoga con los de abajo para moverlos a que nombren capitán. El quien primero toma el hacha para abrir monte, atiende al soldado que enferma, propone las entradas para sujetar a los indios y hacerse a oro y maíz, y sugiere que el oro se reparta entre quienes lo ganen con el sudor de su frente y no pare en las perezosas manos de quienes viven haciendo letras, sentados, en la Antigua. Cuando menos se piensa, ya está Balboa encumbrado por encima de todos. El cosmógrafo y el maromero muertos son; al músico, que pretende mandar sobre las dos gobernaciones, le mete Balboa en una nave desvencijada, que se desclava en la mar: se lo tragan los tiburones; al tinterillo lo encarcela por conspirador: por no colgarlo, le envía procesado a Santo Domingo. Sólo conserva al porquero y le lleva por capitán. La verdad es que la única persona que logra hacer una colonia de dos gobernaciones que eran hambre, muerte y trabajos, es el capitán del común, don Vasco Núñez de Balboa.

A tiempo que ocurren estas cosas, gobierna en Santo Domingo don Diego Colón. A él no le parece mal que Balboa siga en el mando, y confirma su capitanía. El rey, a quien ya Balboa escribe cartas, confirma lo de don Diego. Y Balboa no se duerme. Todo el mundo —dice—, a respetar al capitán del común. Un cura —su propio confesor—, no se quita el bonete para saludarle: paga su falta en la cárcel. Hay unos bachilleres que conspiran contra él: los mete en una jaula. Con las naciones indígenas pacta alianzas. Pone a los indios a que siembren maíz para sus soldados. Coge oro aquí y allá. Se lleva por manceba a una hija que le regala cierto cacique, en señal de alianza y amistad; es muchacha de serios atractivos que se enamora de él con bravura de india apasionada. Balboa empieza a tener tantos amigos entre los blancos, como entre las gentes de color de loro claro. Cuando cierta nación aborigen le prepara una emboscada, hay una india amorosa que se lo advierte, y por ella se salva la colonia. El hijo de un cacique, que ha visto disputar a los españoles por un re-

parto de oro, dice a Balboa: —No entiendo estas peleas por cosa que cualquiera puede tener: si lo que deseáis es oro, ¿por qué no pasáis al otro lado de estos montes, donde hay todo el que queráis, y está el otro mar, y naciones ricas y prósperas?

De nada más distinto de estas palabras necesita Balboa para descubrir el Océano Pacífico. Ahí mismo escribe al rey una carta exaltada, en que las informaciones del indio quedan bordadas sobre la trama de sus ilusiones. Es uno de los más hermosos documentos de estos días. Dios le ha concedido sea él, Balboa, que nada vale, quien descubra estos países maravillosos: su pecho se inunda de gratitud y alborozo. Pero él sabe muy que a quien madruga, Dios le ayuda: no será de esos gobernadores que se quedan en la cama, despachando. El ha sido y seguirá siendo el primero en la lucha, que avanzará por selvas y pantanos, codo a codo con sus soldados. Pero, hablemos del oro, dice: Hay cacique a quien se lo llevan los indios en canastadas, a las espaldas; en Davaive, hay dos maneras de cogerlo: la una, esperando que crezcan los ríos; cuando la creciente pasa, se pescan los granos que quedan entre las piedras, grandes como naranjas, como el puño de un hombre. La otra manera es quemando monte: pasada la quema, no es sino agacharse a recoger pepas. Hay cacique que trueca pepas de oro por muchachos: estos indios aprecian mucho la carne de niño, y preparan a las criaturas como lechoncillos ahumados. En una fundición de tal cacique, trabajan cien hombres. Hay lugares en donde el oro se amontona en barbacoas, como maíz. . . Balboa anuncia, luégo, el otro mar, que no es alborotado como el Caribe, sino terso, profundo y tranquilo. En sus islas se pescan las perlas más gordas. Naves de otros reinos cortan sus aguas. Si el rey me da poder, y me envía mil hombres, descubriré todo esto. Mil hombres de Santo Domingo —advier-te—, porque los de Castilla no sirven: no están hechos al clima. Aquí Balboa dice la primera palabra del español que se siente americano, contra el que sólo sabe de cosas de la península. En embrión, Balboa tiene el espíritu de la independencencia de América. Como garantía de su empresa, Balboa ofrece lo único que puede ofrecer, y lo que tiene de verdad: su cabeza.

Un detalle final, y obvio: —V. A. mande proveer que ningún bachiller en leyes. pase a estas tierras, so una gran pena, porque no ha pasado ninguno que no sea diablo, y tenga vida de

diablos, y no solamente ellos son malos, sino que hacen y tienen forma para que haya mil pleitos y maldades...

* * *

Con esta carta todos, hasta el rey, pierden la cabeza: ahí están el oro y el mar. La noticia vuela por La Española primero, luégo por toda Castilla. Las gentes se convidan a pescar oro. El rey lo ve todo, ahora, muy claro: el muy listo de Diego Colón no había favorecido ni a Ojeda ni a Nicuesa para que nadie sino él, el hijo de su padre, conquistara la tierra firme y el mar que lleva al Oriente, a Cipango. Razón había tenido el rey escribiéndole una cartita, para ponerlo en su puesto: “e por mi servicio, que no deis lugar de aquí adelante a que nadie pueda decir que dexais de cumplir mis mandamientos, porque ya vedes quand mal suena e quan rescio sería de corregir...”

Don Fernando, el muy católico, piensa que ahora puede fomentar una empresa que eclipse a las de su difunta mujer, la reina Isabel. Bajo su regencia va a descubrirse la otra media naranja del mundo. Ya no habla él más del Darién, ni Urabá —palabras que nada dicen— sino de “Castilla de Oro”. Así la empieza a nombrar en sus cartas. Y, claro, además, —y esto es muy humano—, el rey Fernando, como buen rey, lo primero que hace es asestar una puñalada en las espaldas a Balboa, dando la gobernación a uno de sus cortesanos, para que toda la gloria quede entre sus amigos. Ni más faltaba, sino que un capitán del común fuera a descubrir el otro mar. Todo lo contrario: el nuevo gobernador lleva entre el bolsillo órdenes bien claras para que, en cuanto pise tierra firme, meta en la cárcel a Balboa. Y, “enbiadle preso a nuestra corte...”

Linda cosa es ver al rey Fernando, con todo el remozamiento de sangre que le ha traído la reina Germana, empujando las cosas, discutiendo con los de la casa de Contratación, porque a ellos les parecen demasiadas quince mil arrobas de harina, muchos tres mil quintales de bizcocho. Pero, ¿es que no se han dado cuenta de que va a ser una empresa sonada? Y, ¿no ven que yendo bien cernida la harina, no se daña? No: que se ponga todo eso, y aceite y vinagre en muchas botijas, y mil quinientas arrobas de vino, y que no falten las habas y garbanzos, y, —para el viaje—, sardinas y pescado. Fernando habla con la precisión de un despensero mayor, y la largueza de un rey. Así son los descubrimientos que se hacen desde las cortes.

Cuando Colón tenía ya descubierto lo que venía a descubrir, y se embarcó de virrey y almirante, para su palacio de la Española se le autorizó a traer tres sábanas, cuatro almohadas, una colcha delgada, seis toallas, dos tazas de plata, dos jarros, un salero, doce cucharas, dos tenedores para la cocina; cuatro sartenes: dos grandes y dos pequeñas; dos cazuelas, una olla de cobre grande y otra pequeña. . . . Ahora, para el cortesano que viene a birlarle el descubrimiento a Balboa, todo es previsto en abundancia. No correrá para él la pragmática que limita el uso de la seda, y podrá llevar toda la que quisiere, y el brocado para que los indios conozcan como “las cosas que Nos mandamos hacer representan mas cirimonia que las tuyas dellos.” La armada va repleta de herramientas y cosas mil, algunas con inequívoco destino, como doscientas bateas para lavar oro. Acompañarán al gobernador un físico, un cirujano, un boticario, y Ruy Díaz, lapidario, veedor de todas las perlas, y piedras diamantes y rubíes y otras cualesquiera piedras preciosas que se encuentren. . . .

Pero, ¿quién es el cortesano afortunado que vendrá de gobernador? El tipo es fantástico. No es maromero, ni músico: es justador. Se llama Pedrarias Dávila. Tiene sesenta años. Hace algún tiempo, por equivocación, le llevaron a enterrar. Creyéndole muerto, le velaron en el monasterio de las monjas del Torrejón, y cuando le iban a meter en la sepultura, un criado se abrazó a la caja, y oyó que dentro algo se movía. Destaparon, y Pedrarias respiró, abrió los ojos. En memoria de este milagro, él mismo se hace decir cada año una misa de réquiem que oye desde su sepultura, abierta en la propia iglesia. Cuando viaja, lo hace siempre con su ataúd, que encuentran en su cuarto los visitantes. Así son las cosas de este viejo. Pero, además, es duro y acometedor. Y galante y palaciego: una vez, cuando le entregó el rey de Portugal dos fuentes llenas de cruzados de oro y joyas, por vencedor en las justas, dijo a los criados: —Poned todo esto en manos de las damas de la reina, para que entre ellas se lo repartan.

No digamos que Pedrarias fuera precisamente de la vieja nobleza. Nieto de un judío converso, que se hizo rico, se encuentran en el romancero de la familia coplas como ésta, que le cantaron a su abuelo:

*Aguila, castillo y cruz,
dime, de dónde te vienen?*

*El águila es de San Juan;
el castillo, el de Emaús,
y en cruz pusiste a Jesús,
siendo yo allí capitán...*

Pero estas cosas no son las que ahora importan al rey. Pedrarias tiene un escudo que vale por ciento: su mujer, doña Isabel de Bobadilla, sobrina de la marquesa de Moya. A Fernando se le hacen siglos los días que demora Pedrarias en salir, que ciertamente no son pocos. Al fin, un día se ven desplegadas las velas. Veintidós naves! Dos mil hombres! Ahí va todo: los trajes de seda y brocado, los cañones y culebrinas, los estandartes y la sobrina de la marquesa, las sardinas, las arrobas de vino, el bizcocho, el ataúd, la harina bien cernida, el censual para apresar a Balboa, el físico, el cirujano, el lapidario, los bachilleres Jamás se vio antes flota más lucida. Y, a la cabeza, como su mascarón de proa, el viejo Pedrarias que va a descubrir la mar y sus contornos.

* * *

Unos pocos meses antes, en nueve canoas y un bergantín, Vasco Núñez de Balboa embarcó en la Antigua sus ciento noventa españoles. Le seguía una muchedumbre de indios. Supo a tiempo lo de Pedrarias, y mientras el rey y el justador andaban en las vueltas del brocado, la seda y el bizcocho, él creyó oportuno tomar la delantera y hacer las cosas como Dios manda.

Ahora marchan siempre adelante Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, imágenes del soldado desconocido, que van a realizar el prodigio: sacar de ese campamento de enfermos miserables, los hombres que vayan, primero, a descubrir el Océano Pacífico; luego, media América del Sur. Es la primera vez que los del pueblo toman entre sus manos un negocio tan grande, y lo despachan a su modo y sus maneras. El relato que sigue parece una novela.

Desembarcan en el puerto de Acla. Aquí Balboa deja a la mayoría de los españoles e indios cuidando la nave, las canoas. Con unos pocos, echa adelante. Llevan unos puñados de maíz tostado, y los cuchillos: para entretener el hambre, y abrirse camino por los montes. Van tan seguros a reconocer su mar, que nada les detiene: ni el torrente, ni el indio desconocido, ni la culebra. Jamás se oyó tumbar monte con tal ansia, fe y vigor. Parecen muchachos de veinte años. Los indios están contagiados

de la alegría común. Muchos mueren en las duras jornadas; los dejan a un lado, sin mayor ceremonia: son percances del oficio. Y siguen adelante. Se acercan. Ya dicen los indios: —Desde la punta de aquel cerro se ve. Balboa quiere ser el primero. Que todos —son 67— le esperen en la falda: él sube solo. Ya no se oyen sino las zancadas del capitán. Como estatuas, inmóviles, los 67 le ven subir. Cada rama de arbusto que quiebra, cada piedra que pisan sus botas, llenan el enorme silencio y resuenan en el alma con el batir de los corazones. Ahí está! El mar! La azul, profunda, infinita llanura de las aguas, que apenas riza el viento! Son las diez de la mañana. El aire, transparente. Una ola de encaje se dibuja en las playas lejanas. Balboa cae de rodillas, alza las manos al cielo. Hace una oración que se ahoga entre sus propias lágrimas y el vocerío de los 67 que, arrancados con violencia de su quietud, se lanzan enloquecidos al asalto de una visión azul. El mar! El mar! EL MAR!, gritan como los griegos de la leyenda. Como si tuvieran, estos bárbaros, el azul en el alma, en las manos, en las palabras. Destroncan un árbol, hacen una cruz, y con la punta de los cuchillos trazan el nombre del rey Fernando. . . Un clérigo canta el *Té Deum Laudamus*. El escribano extiende un acta del descubrimiento, y anota los 67 nombres. Ahí quedan todos, para la inmortalidad: Baracallo, el carpintero; León, el platero, el negro Olano, Beas el de color de loro, el clérigo Pedro Sánchez (que no les dijo misa jamás), Lentin el siciliano, García el marinero, Pizarro el porquero . . .

Cuatro días después llega Balboa a la propia orilla. Se adelanta con veintitrés españoles a tomar posesión del Océano. Es la hora de vísperas. Entra en el agua de la mar salada, hasta que le da a las rodillas, y con el estandarte de sus altezas en alto, comienza a pasearse, diciendo con ronca y alta voz:

—Vivan los muy altos y poderosos reyes don Fernando y doña Johana, en cuyo nombre y por la real corona de Castilla tomo posesión de estas mares e tierras e costas e puertos e islas australes! E si algún príncipe o capitán, chripstiano o infiel, o de cualquier ley o secta o condición que sea pretende algún derecho a estas tierras e mares, yo estoy presto e aparejado de se lo contradecir en nombre de los reyes de Castilla!

Escuchan, los que vienen de Castilla, en silencio. Los indios, perplejos, nunca volverán a ver nada más extraño. El escribano araña papeles para dar testimonio. Y así pone en manos del rey

Fernando estos mares, el capitán del común don Vasco Núñez de Balboa.

* * *

Cuando Balboa y los suyos tornan al campamento, el entusiasmo es indescriptible. Los del pueblo han triunfado. Balboa se apresura a escribirle una completa relación al rey. Y todos trabajan en la ciudad, que ahora parece más ciudad, vestida de triunfo y esperanzas.

Cuando el serenísimo rey don Fernando recibe la noticia, Pedrarias ya va camino de "Castilla de Oro". Pronto los ojos del cortesano divisan el perfil de la costa. América va a ser suya, y las pupilas le fulguran. Avanzan las naves. Ya se ven, en el puerto, los alegres descamisados de la colonia que le saludan con algarabía. Pedrarias quiere que la primera impresión no deje lugar a duda, y que todos sepan quién es él. De banderolas viste las naves, y a doña Isabel de Bobadilla, de seda y brocado. Los que están en tierra, poniéndose la mano por visera, pugnan por identificar a quienes van apareciendo. Obispo tenemos, válgame Dios! Cortesanos a granel. Mujeres. Y aquél, de ojillos vivaces, ¿quién es? Diablos: otra vez Enciso el tinterillo! . . . A Pedrarias le palpitan entre el bolsillo las cédulas que trae contra Balboa. Pero Balboa sonrío, y en los labios de todos los de abajo se pinta cierta gracia que es como si se le fueran alargando las narices a Pedrarias. Si se las tocara, las sentiría de dos palmos. Extiende la mano Pedrarias a Isabel, y bajan como dos príncipes. No han pisado la tierra, cuando se lo cuentan todo: el mar está descubierto. El rey, avisado.

No pasan muchos días, y llegan cartas del rey. Hay una para Balboa, que Pedrarias escamotea y trata de que no llegue a sus manos. La cosa se divulga. Brama el obispo. Pedrarias no tiene otro camino sino el de claudicar y entregar el papel: es nada menos que el agradecimiento del rey por sus servicios, y el nombramiento que le hace de Adelantado del Mar del Sur. Escribe el rey a Balboa palabras muy melosas, y le dice: —Ahora mismo escribo al gobernador que mire mucho por vuestras cosas y os favorezca y trate como a persona a quien tengo yo tanta voluntad de hacer merced y que tan bien me ha servido y sirve y tengo por cierto que así lo hará. Vos, entretanto, por mi servicio, ayudadle y aconsejadle en todo lo que hubiere de hacer, y aunque no pregunte todas las cosas, tened cuidado de lo avisar y aconsejar.

Hay que convenir en que, por el momento, Pedrarias no mete en la cárcel a Balboa: el obispo, desde luego, no se lo permite. Pedrarias se limita a abrirle un juicio de residencia, para que no pueda moverse, y acaba quitándole todo cuanto tiene. Todavía, ochenta y cinco años más tarde, un nieto de Pedrarias, el muy ilustre conde de Puñonrostro, escribirá: “La mayor culpa que se le puede imputar a mi abuelo es non habelle cortado la cabeza, cuando le tomó residencia.”

Pero la verdad es que el rey don Fernando ha dado a Balboa gobierno sobre las vírgenes costas del Pacífico, y que la ambición suya es ir a descubrir por ese lado, quizás hasta el Perú, que es lo que ya debe moverse en la imaginación de Pizarro. Un día planea la salida. El asunto está en secreto. Ha conseguido que de Santo Domingo le envíen unos auxilios y sus compañeros están listos a seguirle. En cuanto Pedrarias lo sabe, pone el grito en el cielo: Traición! Y mete a Balboa a la cárcel. Alboroto en el pueblo. Mediación del obispo. Y, por último, una solución diplomática: que se case Balboa con la hija de Pedrarias que está en España, y que todo quede así en familia. Muy solemnemente se aprueba el acuerdo. Al entregar así Pedrarias a su hija, ha hecho exactamente lo que hizo antes, con el mismo Balboa, el cacique de Darién. Que es lo mismo que hacen los reyes en Europa. Pero, en fin, es una base de entendimiento, y Balboa, con un grupo de los suyos, se va a las montañas, a construir las naves que servirán para el descubrimiento y la conquista del Pacífico.

Desde luego, Pedrarias no está pensando en traer a su hija, ni dejará que Balboa haga los descubrimientos: en cuanto las naves estén hechas, las pondrá bajo otro comando. La traición queda planeada en una forma perfecta. Es su venganza. Quizás el mismo Balboa lo sospecha, pero no le importa: tiene una fe grande en su empresa. Divide sus peones en cuadrillas, y empiezan a derribar árboles, a aserrar tablas, a cargarlas en las espaldas hasta doblar los montes que miran al nuevo mar. Es un prodigio ver cómo esta gente hace las dos primeras naves que navegarán en el Pacífico. Han sido meses, más de un año, en que desde Balboa hasta el último peón, hasta el último indio, han bregado por darle forma con sus manos inexpertas a los cascos, han parado árboles para mástiles, han cosido los trapos, han puesto

la brea, hasta ver bajar por un río extraño los castillos de palo labrados por sus propias manos.

Y mientras esto hacen los de Balboa, a Pedrarias se le disuelve la flamante colonia. Muere en las calles la gente, dando este quejido: "Dame pan". Se trueca brocado por maíz. Un camisón carmesí por una libra de pan. Una persona de las principales, dice el cronista, que iba clamando por la calle que parecía de hambre, tropezó, y cayendo en el suelo "se le salió el ánima". Las amistades con los indios se han perdido. A cada entrada que hacen a los montes los españoles siembran el terror y dejan convenida la guerra. Herrera dice que los capitanes de Pedrarias asaron a los hombres vivos, los aperrearon, los robaron, los alancearon, los mataron para sacarles el unto para curar llagas, colgaron los cuartos de los indios en las perchas para cebar perros bravos. En casa de Pedrarias se juega más de lo permitido. El ha perdido al ajedrez, en una noche, cien esclavos. Por lo demás, el viejo es un roble. Tienen que contenerlo para que no salga a descubrir.

El rey trata de explicarse este enorme fracaso de la mejor expedición que se ha armado bajo su gobierno, adhiriendo a lo que Pedrarias le dice en sus cartas: Es culpa de Balboa, que no dio al gobernador buenos informes. La carga, pues, contra Balboa: le escribe que se maravilla de que haya tenido el atrevimiento de pintarle cosas tan inciertas. Envía la carta por conducto de Pedrarias, para que sólo la entregue cuando ya lo tenga preso. En este incidente el rey y Pedrarias tienen la misma altura, y se ven unidos como los dos botones de una mancornia.

La prisión de Balboa ocurre de una manera más sencilla e imprevista. Después de todo, la gobernación de Pedrarias toca a su fin. Balboa lo sabe y concibe una esperanza. Envía un compañero para que se informe de estas cosas con los mismos que rodean a Pedrarias, pero Pedrarias sorprende el espionaje y ordena la prisión de Balboa. El propio Francisco Pizarro hace prisionero a Balboa. Los abogados levantan en un instante el proceso. La sentencia es definitiva: que le ahorquen. El gobernador lo ordena. Y así, al aire, muere el capitán del común don Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico. Le fue peor que a Colón.

* * *

Dos detalles últimos.

En cuanto Pedrarias vio que bailaban en el vacío las botas de Balboa, se fue a tomar posesión del Océano, como si todo lo de Balboa no hubiese ocurrido. Es de morir de risa ver al viejo en la orilla, con escribano al pie, gritando que toma posesión en nombre de sus altezas de las aguas y las tierras, “desde las piedras de los ríos hasta las fojas de los montes”, según muy bellamente dicen los caballeros. Y luégo, repetir con el agua a las rodillas la escena del estandarte!

Pero todavía queda flotando en España la leyenda de que Balboa ha dejado inmensa fortuna. Pasan unos años, el propio Emperador Carlos V cree el cuento, y envía a Castilla de Oro a Fernández de Oviedo para que se apersona del asunto y haga el reparto de los bienes, que en realidad Oviedo no encuentra, porque no existen. Pero lo curioso es el destino que se les iba a dar, y la razón del afán por encontrarlos: había que darle un quinto de la herencia de Balboa a Carlos de Puper, señor de Laxao: uno de esos famélicos flamencos que llegaron a la corte de Carlos V para chuparse la sangre de España.